Estella Sanchez

REPERTORIO AMERICANO

QUINCENARIO DE LOS INTERESES CONTINENTALES

Editor: J. García Monge.

Vol. II | San José de Costa Rica, Martes 15 de Marzo de 1921 | Nº 15

Walter Pater

El ensayo inglés—*the essay*—que, principiando con Bacon, imitador de Montaigne, como poco más que una mera anotación de carácter generalmente filosófico, llega a ser la forma favorita de la prosa artística inglesa, alcanza con Pater su más amplio desarrollo y suma perfección. Urna griega, tal la que cantara Keats inmortalmente, nos parece el estudio sobre el culto de Dionisos. En el libro sobre la historia del Renacimiento, el mármol de la frase, como en Grecia el mármol de los templos, recibe el servicio de los coloristas; cada ensayo es pintado pedimento antiguo, o bien, cúpula florentina. En las páginas sobre Leonardo da Vinci, le roba la paleta al italiano, trasmuta los colores en palabras y en el párrafo más bello de toda la literatura inglesa crea de nuevo a Mona Lisa. En el ritmo esquivo de esa prosa se deslíe, enigmática, desconcertante, nutrida de significaciones, la sonrisa eterna de la Gioconda. El ensayo en la prosa, como el soneto en la poesía, adquiere carácter propio apoyándose sí en todas las demás formas: en *The Child in the House* de Pater el ensayo se apropia de la novela; y hasta *Marius the Epicurean*, que lleva por sobre-título el de *Romance Histórico*, no es más que un extenso ensayo novelesco.

El ritmo de la prosa de Pater es genio fantástico que tras de cada pausa varía de forma enteramente; parece poseído del espíritu de Proteo. Suya es la belleza de las infinitas ondulaciones desiguales del mar, de las nubes cirrosas y de la cabellera al aire de una mujer fuerte, según sea el tema del ensayo hondo y anchuroso, o elevado, o puramente bello. Huye con alacridad de caer en los moldes de los metros reconocidos, accidente que repetidas veces ocurre al ritmo de la prosa de Lamb, De Quincey, Ruskin y de los novelistas. Por toda la obra de Pater esta singularidad parece un continuo *tour de force*. Más aun que el ritmo multiforme, preocupó a Pater la construcción de la frase y, especialmente, del párrafo. Sobrio de palabras y austero en sus adjetivos, resultan sus períodos, sin embargo, algo así como los capiteles recargados de símbolos, frutas y flores, de las columnas del palacio real de Persia; y es que sus renglones se siguen lentamente, pletóricos de ideas dilucidadas en su plenitud una tras otra, encadenadas por un sistema elaborado de comas, puntos y comas y dos puntos. El párrafo, generalmente largo, contiene el desarrollo completo de la idea principal para cuya iluminación ha traído de su caudal de pensador un sinnúmero de otras ideas del mismo orden. La avaricia con que emplea imágenes poéticas caracteriza su estilo severo. Sin gran imaginación nunca le habría sido dado comprender el espíritu de juventud y cultura que bajo diferentes aspectos se agitó en Grecia y en la Europa del Renacimiento; pero esta imaginación disciplinada era potro de caballero fuerte, del raciocinio. Pater hubiera dialogado con Sócrates sin obligar al maestro a corregirle la lógica. En el discurso de Pater substituyen a la figura retórica la observación crítica o filosófica y la reminiscencia literaria; en vez de imágenes, ideas; nada es superfluo. Afirma Fincke que Chopin es, de todos los compositores, el único en cuya obra no hay una sola nota que pueda descontarse o cambiarse por otra sin empequeñecer en algo la composición. En Pater lo mismo ocurre con las palabras. De aquí la precisión y lucidez de su pensamiento; de aquí también que los huraños a la amistad de los libros y los lectores descuidados no le entiendan o tengan por difícil su lectura. Su propósito no es el de agradar a las gentes inferiores, el *horroroso placer* de que habla Claugh, ni el de llegar cuanto antes a una conclusión cualquiera. Poseedor del verdadero instinto filosófico, se empeña tan sólo en conocer íntimamente un terreno escogido de antemano por lo grande o bello que en sí promete o por las vistas a que dan sus alturas. Y así va, recorriendo muchos senderos, abriendo mil caminos, divisando lejanías de auroras, siempre hacia un rumbo determinado, más arriba, más allá.

La bondadosa influencia de la naturaleza y de las dulces relaciones humanas, fuentes de toda la poesía, como dice en admirables versos Alice Meynell, hallan en Pater reconocedor entusiasta. Al hablar de Giorgione, espíritu semejante al suyo en este respecto; al enzalzar las teorías de Wordsworth, con quien también tiene mucho de común ideológicamente; al describir los jóvenes, luminosos como efebos de mito, que pueblan sus libros, las palabras de Pater toman calor y relucen como Carrara bañado en luz solar. Bajo el reposo aparente de su estilo, se adivina el alma del escritor, fecunda de entusiasmos y pasiones nobles, ardorosa, inquieta.

El evangelio de Pater, mal entendido con gran dolor suyo por los jóvenes que, menos fuertes que él, le tomaron por excusa más bien que por guía—Oscar Wilde y la retahila de amorales estetas de salón—se encierra en dos palabras: vivir intensamente. El espíritu crítico debe mantenerse alerta, discriminando a cada instante nuevos paisajes, uno más bello que los

Pajaritos de barro

Pajaritos de barro, pajaritos
del barro colorado de mi tierra,
que me pusisteis en el alma los infinitos
acordes que encierra!

De vuestro olor me acuerdo todavía,
un viejo olor del polvo de inmemoriales generaciones,
cuando mi voluntad humedecía
vuestros vacíos corazones

con el vibrar fugitivo de mi aliento!
¿Para dónde volasteis, pajaritos
de barro? ¿Con el ímpetu de qué viento,
al son de qué cantares, con el horror de qué gritos?

Cuando me muera quiero que se me entierre
donde arranquen los niños sollozo y canción
avivando las músicas esenciales que encierre
el pajarito de barro de mi corazón!

Salomón de la Selva

1921

otros, en el panorama familiar de la tierra; discerniendo en el continuo cambiar de expresión del rostro del amigo la corriente de sus emociones íntimas, felices o trágicas, y una más trágica o feliz que las demás. Y sobre este paisaje selecto y esta emoción única, a que todos los demás paisajes y emociones prestan su encanto particular, debemos fijar la atención para inmortalizarlos después en la obra de arte. He aquí en resumen lo que la verdadera teoría de «el Arte por el Arte» significa.

Nació Walter Horatio Pater hacia el este de Londres, en el barrio de Shadwell, el 4 de agosto de 1839. Estudió en Canterbury y, más tarde, en Oxford en donde recibió el grado de bachiller en letras (B. A.) en 1862. Con excepción de sus visitas al continente, a Francia e Italia, pasó su vida de hombre en Oxford. Había ingresado en esa Universidad para tomar las órdenes de la Iglesia de Inglaterra, pero hacia 1865 se halló falto de fe en esa religión. Sus ideas a este respecto, que forman tan grande parte de su obra de pensador, merecen estudio especial. Hay quienes afirman que en sus últimos días estuvo a punto de abrazar el credo católico romano. El 30 de julio de 1894 murió en Oxford tras de una vida intensa, contemplativa, y libre de vicisitudes vulgares.

BIBLIOGRAFIA:—*Studies in the History of the Renaissance* (ensayos), 1873; *Marius the Epicurean* (novela histórica), 1885; *Imaginary Portraits* (ensayos de novela filosófica), 1887; *Apreciations* (ensayos), 1889; *Plato and Platonism* (ensayos), 1893; *The Child in the House* (ensayo de novela filosófica), 1894.

Después de su muerte se publicaron: *Greek Studies* (ensayos), 1895; y un volumen de los ensayos que se habían publicado en *The Guardian*, 1897.

En castellano tenemos traducción completa de *Greek Estudies* (Estudios griegos) de la pluma magistral del dominicano Pedro Henríquez Ureña, publicada en México *circa* 1912. Del mismo escritor se publicó en *El Fígaro* de la Habana, en 1915, una traducción admirable de la descripción de Mona Lisa. Eugenia L. V. Geisenheimer, culta señorita alemana, que escribe en español y ha traducido prosas de Heine, prepara traducciones suyas de *The Child in the House* y otros ensayos de novela.

SALOMÓN DE LA SELVA

Nueva York, 1916.

En uno de los CONVIVIOS *próximos, se publicará el* HIPÓLITO VELADO *de Pater, uno de los más notables, de sus* ESTUDIOS GRIEGOS; *en fina, elegante y fiel versión de nuestro colaborador y amigo Pedro Henríquez Ureña.*

SALOMON DE LA SELVA

Washington, 6 de febrero de 1921

SEÑOR DON JOAQUÍN GARCÍA MONGE

San José de Costa Rica

Amigo don Joaquín:

PROMETÍ hablarle de Salomón de la Selva en esta carta y empiezo recordando nuestra primera entrevista.

Fué en Nueva York, en 1918. El poeta acostumbraba dormir de día para poder noctambular. Suaves los modales, adormecidos los ojos en una morosa esperanza,—y con dos grandes turquesas en el fondo,—los labios de azteca o de caribe,—para repetir la frase de uno de sus admiradores,—la tez pálida de vigilias mentales que nunca llegan al «surmenage» porque es un «schollar» que sabe bien su higiene; y sobre el modesto barro en que han confluido el indio y el inglés, una cabellera que nos habla de románticos quehaceres y de inquietudes y avatares.

—¿Conoce usted León?—fué una de sus preguntas. Nuestro amigo es leonés y de repente en la charla se le olvida la jerga brava de aquel pueblo y otras cosas que desde Oviedo y Valdés brillan en el folklore de Nicaragua. León, ciudad de hidalgos, corte de príncipes, como ha dicho Su Ilustrísima Azarías Pallais, arzobispo de nuestras letras: de allí es de la Selva y a donde quiera que va lo repite con orgullo. A los quince años vino a la Escuela de Ingeniería de Cornell. La muerte de su padre lo obligó a regresar a la tierruca; pero de repente lo vemos en Nueva York otra vez, al servicio de un señor conde brasileño, que tenía la chifladura de creerse escultor, pintor y poeta, y para quien de la Selva tradujo odas de Coleridge y de Swinburne, que el buen conde mandaba a magazines no sin obtener la propiedad literaria en Washington. Mientras esto sucedía, el poeta estudiaba la métrica inglesa.

Un día, tras el vagar amargo, durmiendo a la diabla y comiendo gracias al buen Dios que defiende a los pajarillos, el poeta conoció a Frank Crane, editorialista de *The Globe;* y Crane le tendió la mano y fué su amigo. Sus poemas empezaron a volar en triunfo. Lo hicieron miembro de la Dante League y de la Hispanic Society; en la Universidad de Columbia dió una conferencia sobre literatura moderna; en la Poetry Society leyó un bello discurso panamericanista; y en el Williams College enseñó francés. Por ese tiempo (1916) colaboró con Pedro Henríquez Ureña en *Las Novedades*, y Putnam's Sons editaron «Eleven Poems of Rubén Darío» (traducciones de de la Selva y Thomas Walsh, con prólogo de Henríquez Ureña). El crítico Howells, alabó en «Harper's» el poema «Tropical Town», diciendo: «He aquí algo sutil, aunque simplemente sentido y dicho en forma impecable; toda una condición de vida, toda una civilización íntima en esas líneas, y el corazón del poeta resplandeciendo en la vívida perfección de la semblanza».

En 1918 «Tropical Town and Other Poems» fué editado por Lane & Company; y el nombre del poeta florecía desde «Poetry», el castillo del modernismo en este país, hasta «Ainsle's» donde publicó «One Day in Bethlem», esa letanía que me dió el argumento de la historieta «La Visita de los Sátiros al Niño Dios». Su labor iniciada en «Pan American Magazine», en Nueva York, para dar a conocer a los poetas hispano americanos, tuvo efímera notoriedad en «Pan American Poetry» (1918) que fundó con Guillén Zelaya y del cual sólo aparecieron uno o dos números.

A poco vino la Guerra y como el poeta no podía renunciar a su ciudadanía nicaragüense para poder marchar con los muchachos de Pershing, tuvo que enlistarse en el ejército inglés, y del Canadá,—donde vivaqueó,—fué a Europa a dar a la tierra un poco del vino que le debe. La Guerra lo ha transformado, elevándolo, simplificándolo: recién llegado me contó sublimes cosas, me leyó sus nuevos poemas escritos en medio de la catástrofe, y, como él dice, la Humanidad, alas! no huele a rosas... Es que el poeta estuvo, como nunca antes, más cerca del dolor diario, en diálogos con la Muerte; y ésta le ha dado serenidad, y, con la resurrección de la carne, el temor a Dios. Hace un año fué a Centro América, empleado de un banquero neoyorkino, y he aquí que en la odisea encuentra a Monna Innominata, una criatura que parece viviente escultura florentina. Y este amor—al que las malas lenguas han puesto casi al margen del convento—ha sembrado nuevas constelaciones en el firmamento mental del poeta. «Por sus venas, —ha dicho el crítico del *New York Times* (junio 1918)—corre la sangre

de los caciques y de los conquistadores y los nobles ingleses... Un dominio del inglés y una cultura raramente hallada en el caso de un poeta joven como éste, y especialmente en uno de tal temperamento ardiente».

De la Selva está preparado, como pocos, para hablar en América con autoridad plena, sobre nuestros problemas y orientar a la juventud: su cultura varia, su actividad de trabajador honrado, su insaciable curiosidad enmedio de una vida medio misteriosa y con tiempo para todo, y sobre tanta excelencia un orgullo de príncipe azteca o de lord inglés y una inocencia muy rara ahora, le dan ejecutorias para ser corifeo de la nueva América. Frost, el viejo Markham, Amy Lowell y sobre todo la Sta. Vincent Millay son sus amigos entre los poetas de este país; y como escribe en inglés,—tan magistralmente como en español,—¿qué poeta en nuestro idioma es capaz como él de darnos la diaria sorpresa de su aurora? En el *New York Evening Post* leemos con frecuencia sus comentarios sobre libros que hablan de la América Latina; y últimamente trazó varias páginas (sobre Miranda y el Padre Hidalgo las mejores) en el boletín de la Unión Pan-Americana. Acaba de regresar a Nueva York, a su aldea estentórea, donde él oye grandes voces y se contenta con un humilde cuarto de estudiante donde es visitado por el crepúsculo y por los pajarillos trabajadores.

—¿Conoce usted León?—me preguntó de nuevo el otro día. Nicaragua está en una situación definitiva: es como cuando cae la nieve o va a venir la Muerte.

Una de las preocupaciones de este poeta, aunque él aparente indiferencia, es la suerte de su tierruca, el qué será de Centro América. Y tal inquietud le ha estallado en algunos poemas. Sufre cuando piensa en nuestros jóvenes, en el alcohol que los corroe, la pereza que los arrulla, los chismorreos de barrio que los preocupa, y la guerra civil que completa la obra del alcohol y la pereza. ¡Cómo cuando cae la nieve! Pero algunos han logrado escapar en esa turbonada; y de la Selva es uno de ellos, pues si sabe ser un hombre para cumplir sus deberes de poeta, allí en su alero de Nueva York sueña y construye, mientras afuera se oyen alaridos humanos, como de fieras que se pelean por la carne en este cotidiano delirio de la concupiscencia.

Una página sobre Pater y unos versos recientes de él son el mejor saludo que envía, por mi medio, al REPERTORIO. Mañana, es decir otro día, diré algo de don Alberto Membreño, el buen amigo a quien acabo de perder y cuya labor de hombre de letras es una de las más prestantes en la historia del Istmo.

Lo recuerda con cariño su

RAFAEL HELIODORO VALLE

LA GIOCONDA

LA *Gioconda* es, en el verdadero sentido, la obra maestra de Leonardo, el ejemplo revelador de las tendencias de su pensamiento y su labor. En poder de sugestión, sólo la *Melancolía* de Durero le es comparable, y ningún simbolismo pobre, turba el efecto de su misterio atenuado y lleno de gracia. Todos conocemos la faz y las manos de la figura, colocada en su sitial de mármol, en el círculo de rocas fantásticas, como bajo tenue luz submarina. Tal vez entre todas las pinturas antiguas, es la que el tiempo ha desvanecido menos,—aunque, según Vasari, había un encanto mayor de carmesí en los labios y mejillas, perdido ya para nosotros.

Como a menudo sucede en las obras donde la invención parece tocar sus límites, hay en ella un elemento que fué dado al pintor, no inventado por él. En el inestimable folio de dibujos que estuvo en posesión de Vasari, existían ciertos estudios de Verocchio, caras de espléndida belleza, que Leonardo en su infancia copió frecuentemente. Es difícil no unir estos dibujos del viejo maestro, como principio germinal, a la impenetrable sonrisa, de sugestión siempre vagamente siniestra, que flota sobre toda la obra de Leonardo. Además, este cuadro es un retrato. Desde la infancia vemos esta imagen definiéndose en la fábrica de sus sueños; y si no fuera por los testimonios históricos expresos, podríamos imaginar que ésta no fué sino su dama ideal encarnada y visible al fin. ¿Qué relación había entre una florentina viva y esta criatura de su espíritu? ¿Por medio de qué extrañas afinidades se habían desarrollado así, lejos una de otro, la persona real y el ensueño, tan cercanos, sin embargo, en esencia? Presente en su origen, incorpóreamente, en el espíritu de Leonardo, vagamente esbozada en los dibujos de Verocchio, él la encuentra por fin en la casa del Giocondo.

Cuanto hay de mero retrato en la obra, lo prueba la leyenda que narra como, por medios artificiales, con la presencia de actores y flautistas, se obtuvo la singular expresión del rostro. Pero ¿fué en cuatro años, con labor constantemente renovada y nunca realmente concluida, o en cuatro meses, y casi por toque de magia, como se realizó la imagen?

La presencia que tan extrañamente surgió así junto a las aguas, expresa lo que en el curso de mil años los hombres habían llegado a desear. He aquí la cabeza sobre la cual *se han realizado los fines del mundo;* y así, los párpados están ligeramente fatigados. Es una belleza compuesta para irradiar desde adentro sobre la carne,—depósito, célula por célula, de extraños pensamientos y fantásticos sueños y pasiones exquisitas. Colocadla por un momento junto a una de las blancas diosas griegas, o de las mujeres hermosas de la antigüedad, y las veréis turbarse ante esta belleza, en la cual ha encarnado el alma con todos sus males. Todos los pensamientos y la experiencia del mundo se han dibujado y modelado allí, en el poder, que conllevan, de refinar y hacer expresiva la forma exterior: el naturalismo de Grecia, la lujuria de Roma, los ensueños imaginativos, el retorno del mundo pagano, los pecados de los Borgias. Ella es más antigua que las rocas entre las cuales se sienta; como el vampiro, ha estado muerta muchas veces y conoce los secretos de la tumba; ha descendido a mares profundos, y de ellos conserva, a su alrededor, el ambiente de marchita luz; y ha traficado, por tejidos raros, con mercaderes orientales; y, como Leda, fué la madre de Elena de Troya; y, como Santa Ana, fué la madre de María; pero todo esto no ha sido para ella sino como el son de liras y flautas, y vive tan sólo en la delicadeza con que ha modelado las cambiantes líneas y ha teñido los párpados y las manos. La idea de una vida perpetua, condensadora de mil experiencias, es antigua; el espíritu moderno ha concebido la noción de humanidad como tejido y resumen de todas las formas de vida y pensamiento. Ciertamente, Dama Lisa puede estimarse como la encarnación de la antigua fantasía y como el símbolo del espíritu moderno.

WALTER PATER

(Trad. de P. Henríquez Ureña).

DMITRI IVANOVITCH

Me lo presentó un día, en la Dirección de *Trofeos*, Víctor M. Londoño. Yo tenía—¿a qué negarlo?—una ligera prevención contra él a causa del exasperado modernismo de algunas de sus producciones primigenias y sobre todo—¡sobre todo!—a causa de su maldito pseudónimo tolstoiano, ese Dmitri Ivanovitch que me parecía entonces—y me parece todavía—de gusto un tanto dudoso. Aquella prevención, empero, se disipó en pocos momentos al influjo del fluído simpático que emana de la persona del poeta, el cual, en aquel día ya lejano vestía con desenvoltura y elegancia el flamante uniforme verde oscuro de los Cadetes de nuestra Escuela Militar. Figuraos un muchacho fino y esbelto, en quien todo —desde el gesto parco hasta la voz asordinada—revelaba al ariosto, al tipo de eugénica superioridad; un muchacho de cara románticamente pálida y de manos, (¡oh, qué manos!) extraordinariamente bellas, largas, nerviosas, expresivas, dignas de compararse con las de esos caballeros enlutecidos y visionarios que se destacan de los lienzos de Theotocoupulos. Tales son las características de la persona física del joven cantor.

Dmitri Ivanovitch es un romántico y su vida ha sido también la de un romántico. Ni siquiera falta en ella un idilio juvenil truncado por la Muerte, el cual dejó en el alma y en la obra del poeta, con el recuerdo de la Beatriz niña, rubia y cándida, ida para siempre, un como perfume de elegíaca melancolía. De ahí acaso que en la producción de Ivanovitch—lo mismo que en la de casi todos los grandes cantores románticos—se vislumbre como en el fondo de un espejo encantado, la doble faz de los gemelos divinos: el Amor y la Muerte:

> Una dúplice imagen me obsesiona:
> la muerta entre los cirios y el incienso
> y mi madre tejiendo con inmenso
> amor para la muerta esa corona.

Muy bien, sí, dirán algunos, ¿pero en qué consiste, en el fondo, aquello de ser romántico, si por romanticismo se entiende algo más que usar las melenas largas y pergeñar versos en que se lloran los males de la vida y se suspira por el reposo de la muerte? ¿Y por qué Dmitri Ivanovitch es romántico de una manera tan esencial e innata? La elucidación de ese punto es sin duda necesaria a la comprensión íntima de la obra poética del joven portalira costeño.

Para Federico Nietzsche, el fondo del romanticismo o romantismo está constituído por un pesimismo incurable, por aquel sentimiento profundo de la miseria de las cosas que conduce por lógica fatal o a desear que ellas dejen de existir o a destruirlas, en cierta manera, en uno mismo, para no sentirlas y para aislarse en una indiferencia análoga al nirvana de los hindúes, representativo del no ser. De ahí que el filósofo de Sils María—enamorado de un ideal de vida superabundante, alegre y armonioso, acabáse por renegar del arte de Wagner cuya música es, sin duda, viviente y pinta la vida, pero la pinta en lo que ella tiene de nervioso y enervado, con un nerviosismo y un enervamiento que tienden al reposo, a la ataraxia epicúrea. A ese arte romántico Nietzsche opone el arte de los helenos alegres, enérgicos, amantes de la existencia con todos sus bienes y sus males y que realizaron el ideal del olimpismo aunando en su espíritu la exaltación dionisíaca y la exaltación apolínea, es decir, el amor de la vida vivida intensamente con el amor de la vida vivida estéticamente.

Si la contemplamos al través de esa tesis, la obra de Dmitri Ivanovitch nos aparecerá como un brote de hondo romanticismo. Toda ella está impregnada de exquisita fatiga, de blanda pereza voluptuosa, de la incurable melancolía de los renunciamientos supremos.

El poeta, dotado de una aguda hiperestesia nerviosa, de una sensibilidad enfermiza y casi dolorosa, siente miedo del roce áspero y brutal de las realidades terrenas. No se atreve a decirle sí a la existencia, y se refugia en el ensueño como en una cartuja en que todo es contemplación y silencio, embelefiamiento y olvido. Sus versos tienen un encanto languideciente y como autumnal, una gracia infinitamente delicada. Casi no resisten la lectura en voz alta, muchísimo menos la declamación. Para darles forma, el poeta eligió las voces de sonoridad más atenuada, como si temiese perturbar el silencio necesario a la pudorosa intimidad de la emoción. Casi todos sus cantos son evocaciones de mujeres bellas y aureoladas de imposible, o sutiles notaciones de estados de alma exquisitamente complejos. George Rodembach, el poeta del misticismo extraño y conturbador, ha ejercido sobre la inspiración de nuestro joven portalira una hondísima influencia. Versos hay de Ivonovitch en que esa influencia llega a dominarlo, por ejemplo, la poesía en que nos habla de esos grandes espejos que en las habitaciones apenumbradas por el atardecer, parecen, al copiarnos en sus aguas turbias y merced a un tenebroso sortilegio, arrastrarnos a lejanías infinitas, robarnos a nosotros mismos, convertirnos en pálidos fantasmas. En esa poesía sugestiva y rara hay algo más que una influencia del cantor de *Brujas la Muerta*.

A pesar de eso, y del exotismo de su pseudónimo (¡endiablado pseudónimo!) Dmitri Ivanovitch es un poeta esencialmente nuestro. Muchas de sus evocaciones, llenas de suave tristeza y de morosa languidez, tienen por escenario las calles desiguales y pintorescas de la noble Cartagena de Indias, y por horizonte la raya azul del Atlántico. Cadete de la Escuela Naval, el poeta ha vivido en aquellas callejas tortuosas más de un suave idilio sentimental, cuyo recuerdo, embalsamado por la arrobadora tristeza de lo que es ido, ha fijado luego en versos de un ritmo suspirante y acariciador de *berceuse* chopiniana. Dmitri Ivanovitch siente de manera singularmente intensa la melancolía del amor humano, tan precario, efímero y amenazado, y ha cristalizado ese sentimiento en forma artística insuperable. Bastaría para cimentar su reputación de gran poeta, el final de un soneto en el cual, tras de pintarnos la silueta de una mujer que, acodada a su ventana y con los ojos fijos en el mar, contempla, como Ariadna, el horizonte ilímite en donde se perdió el bajel del muy amado, nos dice:

> ¡Y ha de pensar, en tanto que ocultamente [llora,
> que es el amor al modo del vespertino rayo:
> entristece los mismos panoramas que dora!

La producción de Dmitri Ivanovitch, esencialmente subjetiva y personal, tiene el encanto especialísimo de que en ella el poeta está íntimamente fundido con el hombre. Más

aun: se diría a veces que el primero se ha desvanecido para dejarle la palabra al segundo. Sin duda esta es una mera apariencia y en el fondo el artista predomina siempre, mas esa apariencia basta a cautivarnos. Nuestra sensibilidad estética se ha aguzado de tal manera, se ha tornado tan exigente, que quisiéramos que el artista pareciese ausente de su obra, como parece estarlo un agua transparente de la copa de cristal que la contiene. Esa ilusión, suprema piedra de toque del valor de una obra poética, saben dárnosla a veces los versos del portalira cartagenero.

Lo mismo que Martínez Rivas—otro de nuestros más nobles poetas jóvenes—Dmitri Ivanovitch se halla actualmente en los Estados Unidos, tierra impropicia al arte y en que—para valerme de una frase de Baudelaire—la acción no es hermana del ensueño. ¿Perderá el cantor en este ambiente utilitarista y prosaico—como llegué a temerlo un día con respecto a Martínez Rivas—la gracia del canto? ¡Vano temor! El poeta que lo es de verdad no pierde nunca, al mezclarse con los hombres, por adversos que sean a la belleza, el don celeste del verso, lo mismo que Aretusa, la mística fuentecilla, no perdía, al mezclarse con las aguas salobres del mar, la dulcedumbre de su linfa transparente.

EDUARDO CASTILLO

(De *Colombia*.—Medellín, 30 de octubre de 1918).

"NOVELLA"

MR. ESLANDER, el conocido pedagogo belga, nos habla en un libro titulado «La Escuela Nueva» de la creación de «Novella», un centro de educación tal y como él lo concibe.

Nos dice cómo tres maestros jóvenes, cansados del trabajo inútil de la escuela vieja (la actual) y convencidos de que ellos nacieron para algo más que para fatigar a los niños e ir contra sus intereses, conciben la idea de fundar una Escuela Nueva, libre de prejuicios.

Piensan y obran. Pero su labor es lenta; las Autoridades, siempre respetuosas de lo establecido, temiendo lastimar intereses creados o ir a un fracaso, no pueden apoyarlos; y los padres, ignorantes o rutinarios por lo general, no comprenden la necesidad de hacer innovaciones: ellos no recuerdan los días amargos que pasaron en la escuela, aprendiendo a costa de torturas físicas y morales unas cuantas cosas que luego olvidaron porque estaban mal aprendidas y porque eran inútiles. Pero nuestros jóvenes no desmayan y acaban por encontrar siete padres que quieren libertar a sus hijos de las torturas de la enseñanza actual.

Empiezan la obra con 5,000 francos. Alquilan fuera de la ciudad una casaquinta pequeña, pero con un buen jardín y terrenos propios para establecer labranza y hacer campos de juego. La quinta está cerca a un bosque y no lejos del tranvía. En ella no hay lujo, pero en cambio los niños podrán estar con absoluta libertad y tendrán lo necesario para sus estudios. Un armario con libros (sacados en general de la biblioteca de los padres), algunas mesas grandes, sillas de paja, flores en abundancia y algunas reproducciones de obras de arte: ahí tenéis una clase. Agregadle un taller de carpintería y otro de encuadernación, una buena cantidad de instrumentos de labranza, un depósito de revistas con grabados, cartones, etc., y una cocina bien provista... y conocéis a «Novella».

Gracias a la generosidad de los padres, que dan cuanto pueden, y a la actividad de los maestros, que preveen hasta los menores detalles, y al cuidado exquisito con que las madres lo arreglan todo para que produzca mejor efecto, la humilde quinta se convierte en un refugio hermoso y alegre, en el que los niños pueden vivir a sus anchas, sin nada lujoso o severo que les quite su libertad y los intimide.

Las tareas empiezan. Los quince chicos, a quienes el tranvía deja cerca de la escuela a las 8 de la mañana, entran bulliciosamente sin que nadie trate de estorbar su alegría. Bien pronto se acostumbran a su nueva vida: los trabajos en el jardín, las excursiones en busca de insectos, plantas y minerales; los ratos pasados en el taller, o dedicados a buscar un dato o resolver un problema que les ha sido sugerido por alguna lectura o conversación hecha en común, y el tiempo empleado en sus juegos, son cosas que les place y en las cuales emplean las horas que pasan en la escuela. Ellos no sienten que una mano oculta guía sus pasos y orienta sus trabajos; que sus deseos son cuidadosamente provocados; que un plan preciso, seguido rigurosamente, envuelve todas sus acciones; que se les observa con gran cuidado, y que sus preguntas, así como las menores manifestaciones de su espíritu, son estudiadas y discutidas por sus maestros.

Ellos no ven un maestro en el camarada grande que los acompaña en sus trabajos de jardinería y que en ocasiones se detiene para hacerles observar la estructura de una planta, o mostrarles una analogía interesante, o hablarles de cosas cuyo descubrimiento los asombra, de seres pequeñísimos, que antes no suponían, de maravillosos cambios operados sobre aquel rincón de tierra que cultivan con tanto cariño. ¿Cómo suponer que en ese momento se les da una lección preparada con esmero hasta en el «motivo» que viene a provocarla? Y cuando después de la excursión se entregan a la agradable tarea de coleccionar los objetos recogidos y ponerles sus nombres, ¿pueden ellos pensar que están ejecutando un trabajo preparado por una fuerza oculta? Ni cómo imaginar que son «lecciones» aquellas lecturas y charlas en que sus maestros los transportan a otros tiempos, los hacen visitar países distantes cuyas costumbres los embelesan, o les hacen notar ciertos fenómenos curiosos que los llevan a hacer en común algunos ensayos en el río, en el jardín y hasta en la cocina de la escuela.

En verdad, ellos saben que han venido allí para instruirse y cada día sienten la necesidad de aprender algo nuevo, pero como cada cosa que aprenden tiene la novedad de un descubrimiento y les proporciona la alegría de haber triunfado en algo, y además pueden ver y palpar su utilidad, para ellos el trabajo escolar no viene a

ser un sufrimiento, ni provoca en ellos el cansancio o la indiferencia. La disciplina, suave, pero firme, los orienta sin dejarse ver, ningún trabajo empezado se suspende sin haber visto el final, pero a eso no los lleva una fuerza exterior, sino la curiosidad sabiamente despertada y el deseo de vencer un obstáculo.

Las horas de la tarde son dedicadas a la redacción, lectura y discusión de un cuaderno de notas en que el niño escribe sus observaciones y estudios del día. Al principio no encontraban gran cosa para contar, pero luego, con la práctica vino la habilidad y con ésta el placer de escribir cuanto habían visto, hecho o aprendido por la mañana.

¡Ah! no: aquella no era una enseñanza libresca o de palabras. Un pedante cualquiera habría podido enredar a esos niños y probarles que no eran capaces de contestar muchas de aquellas preguntas enrevesadas que son el orgullo de los examinadores oficiales. Pero en el curso de una conversación con ellos, un inteligente se habría sorprendido al ver su vivacidad, el poder de recepción de su inteligencia, la atención que emanaba de sus ojos profundos y alegres de niños sanamente desarrollados.

Inútil decir que en «Novella» no hay clases de canto ni de dibujo, pero que en cambio se canta y dibuja; que la Gimnasia ha sido reemplazada con los juegos; que la moral y el civismo no son enseñados, sino vividos, y que a sus alumnos podéis conocerlos en que son alegres y bulliciosos, resueltos, observadores y siempre ocupados en buscar el por qué y el para qué de las cosas!

Así nos pinta Mr. Eslander la «Escuela del Porvenir» y algo semejante están haciendo hoy las Escuelas Nuevas de Europa. ¿Pero no es verdad que es un sueño realizable? ¿Verdad que muchas de nuestras escuelas, en especial las de los campos, no están muy lejos de «Novella»?

TULIO GAVIRIA U.

Genéve, 1920.

(De *Colombia*.—Medellín).

El encuentro

¡Qué emoción tan vaga la de aquel encuentro!
Subterráneamente resbalaba el tren,
y en borrosa fila por mi ensueño adentro
las memorias dulces del primer encuentro
como un tren expreso se fueron también...

¡Cuánto, cuánto tiempo pasó desde aquella
charla deliciosa, que acaso ya esté
perdida en tu ingrata memoria de estrella
de café cantante—de la charla aquella
que empezó con tímidos contactos de pie!

Y aun eres la misma, danzarina mía:
aun tienen tus ojos esa claridad
de romanticismo, de melancolía...
¡Aun pudiera al verte temblar de alegría
y al abandonarte morir de ansiedad!

¡Ah! ¿me reconoces? ¡Con qué voz discreta
murmuras: «¡Qué raro *volverte* a encontrar!»
Y luego, mostrándome el odioso atleta
con quien vas: «—Mi esposo...—Juan, es el poeta
ruso de que a veces te he solido hablar».

Al fin, cuando notas que ya Juan no halla
qué decir; que yo opto por ponerme a leer:
con una adorable sonrisa canalla,
mientras tu marido taciturno calla,
le dices mirándome: «Pues ¿sabes? ayer

»me encontré con Fanny yendo en un tranvía,
y la dí mil quejas (aquí alzas la voz
y tu pie me busca) y dice que había
llamado dos veces, pero que pedía
Hárlem dos, tres, cinco... y es tres, cinco, dos...»

Magdalena

Para ALFREDO ORTIZ VARGAS

Compañera, compañera
¡qué cruel es la noche afuera!
¡cómo silba el viento frío!
¡y qué bien estoy contigo
en este cuartito amigo
que ni es el tuyo, ni es mío!

Cuarto neutral de alquiler
por el que no más ayer
pasaron otros amantes;
en el que nos amaremos
una noche, y nos iremos
como otros se han ido antes...

¡Qué pensativa es tu frente!
¡Cómo se abre tu luciente
cabello de oro en la almohada!
¡Qué sugestión singular
de un largo viaje por mar
tiene al mirar tu mirada!

¿No ves? Pasó ya el empeño
brutal que me hizo tu dueño;
de aquel abrazo sañudo
no quedan sino estos lazos
blandos que forman mis brazos
sobre tu cuerpo desnudo...

Del lecho en la paz profunda,
teniéndote así, me inunda
tan regalada delicia,
que por gozar de su calma
la carne se me hace alma
y el alma se hace caricia...

¿Recuerdas? Tu paso breve
sobre la nocturna nieve
alegre repiqueteo
puso en la dormida calle;
dábanse cita en tu talle
la tentación y el deseo.

Nos encontramos, dijiste
Tal vez... cuando sonreíste,
en el manguito la faz
hundiendo a medias. Deshecho
viento. Seguimos un trecho,
delante tú, yo detrás...

¡Oh romántica excursión!
Temblaba mi corazón
como en los años mejores:
a ratos me parecía
que mientras yo te seguía
seguían detrás mis amores.

Al fin, Broadway: claridad;
en mí, vulgar ansiedad;
torpe descoco en tus ojos;
y el vil ajuste corriente
en que pensé tristemente:
¡qué pena de labios rojos!

Y luego—pero ¿qué tienes?
¿qué peso abruma tus sienes?
vamos ¿qué tienes, pequeña?
¿Lloras? ¡Pobrecilla mía!
Ven, no te pongas sombría,
ven... así... sueñemos ¡sueña!

¡Pobres los dos! Peregrinos
que por distintos caminos
nos encontramos; y presos,
en hambre tú, yo en lujuria,
nos hemos hecho la injuria
de traficar con los besos...

Vamos, ven, mira... ¿Qué haces?
¿Por qué trémula deshaces
el tibio nudo tranquilo
con que mi abrazo te asía?
¿Qué buscas? ¿Qué pena impía
guarda tu ceño intranquilo?

¿Tu traje...? Bueno—¡y qué hermosa
estás así, misteriosa,
deshecho el pelo, desnuda...!
Pero ¿estás loca, pequeña?
¿por qué tu mano me enseña
el precio—y te quedas muda?

Esos billetes que oprimes—
¡Ah, los estrujas... y gimes...
y resueltamente luego
los quemas...! ¡Pobre alma mía...
cómo te quiero! Estás fría...
¡y qué calor da este fuego!

DMITRI IVANOVITCH

(Del tomo *La ventana y otros poemas*. San José de Costa Rica, 1921).

A ORILLAS DEL ESCALDA

NUEVO DEBER

(A los padres de familia).

Emilio Verhaeren, el más egregio poeta de Bélgica, poco antes de su muerte trágica, dirigió, en una distribución de premios en el Cirque Royal de Bruselas, estas palabras, de universal aplicación, a los padres de familia.—Por la versión, JUAN RAMÓN URIARTE.—Otoño de 1920.

ENTRE los mil prejuicios de la educación antigua y apocada de entonces, el más funesto es el de creer que vuestros hijos han sido hechos para tener vuestras ideas y para vivir vuestra vida. Teméis demasiado lo desconocido que vuestros hijos y vuestras hijas deberán afrontar; ponéis a su disposición una felicidad ya probada, y los lleváis de la mano por el mundo. Quisierais que su hogar fuese la perpetuación del vuestro y que sus asuntos fuesen los vuestros. Y así, vuestra herencia llega a ser para ellos, no un beneficio, sino una carga pesada.

Las generaciones se suceden y se oponen las unas a las otras. Las circunstancias no son jamás idénticas a las que fueron antes. Al cabo de treinta años, todo ha cambiado: los sueños, las esperanzas, las tristezas, las alegrías, las costumbres, las leyes. Nuevos móviles agitan y arman las voluntades. Hasta los vocablos no tienen ya el mismo sentido. Un padre y su hijo estarán de acuerdo en las palabras, pero no en el pensamiento.

He ahí lo que vosotros, padres de familia, debéis comprender, por más que os choquen mis palabras. Y, por piedad, no exclaméis más: «En mi tiempo todo era mejor». Recordad que vuestros padres y vuestras madres, cuando vosotros erais niños, usaban el mismo lenguaje. Tales palabras no obstaculicen ni inhiban más. La vida ardiente y desbordante salta por encima de todo.

Es bueno, por otra parte, que así sea. No hace falta que los padres amen con egoísmo a sus hijos. Es preciso que admitan, con júbilo, su partida hacia sus propios destinos. Está bien que les impongan obediencia durante la edad tierna y vacilante—que es indispensable haber obedecido para saber mandar—; pero que se conduzcan por sí mismos al llegar a la edad pujante y emprendedora.

He aquí vuestro nuevo deber. Debéis, con los maestros, trabajar porque vuestros hijos sientan plenamente la responsabilidad. Inculcad este sentimiento en sus almas y en sus mentes. La nación cuya juventud tenga antes que todo el sentimiento de la justicia y profese el culto de la independencia audaz y noble, será la primera entre todas las naciones. Las proezas son casi siempre obra de la juventud. Hay que infundir confianza y estimación propias a los jóvenes. Que sepan que la libertad que se les concede es un riesgo, y que son ellos nada más los que deben circunscribirla y dominarla.

A LOS JOVENES OBREROS

EL SECRETO DEL EXITO

LA SUREDUCATION. SECRET DU SUCCES. V. Paucheet. Versión de Juan Ramón Uriarte.

EL éxito depende de las siguientes condiciones: hogar, sociedad, consideraciones sociales, capital, salud, vitalidad, confianza en sí, memoria, poder de concentración mental, voluntad, perseverancia, talento especial, moralidad, buena educación, religión, en fin, don de sugestionar a los hombres.

Si quieres poseer el secreto del éxito, sigue estas reglas:

1ª—Comienza por dedicarte a las cosas por las cuales sientas natural disposición.

2ª—Concentra tu energía a un fin determinado.

3ª—Cuida escrupulosamente tu salud y procura aumentar tu vitalidad.

4ª—Sé económico.

5ª—Está presto a aprovechar la ocasión que pasa.

6ª—Si adquieres talentos, si cultivas hábitos, en vista de un oficio, carrera o profesión, afánate porque esos talentos y esos hábitos tengan una utilidad real, un fin práctico, capaz de rendir un resultado material o moral.

7ª—Pon siempre un ideal en la finalidad de tus esfuerzos, y no trabajes más que por lo que es justo, bueno y honesto.

8ª—Desenvuelve en ti el arte de saber sugestionar a los otros.

9ª—Sé casto. La temperancia sexual nos hace ahorrar copiosas fuerzas vitales que juegan un rol importante en el éxito, la salud y la dicha.

10.—Ten confianza en ti mismo. El porvenir es de los que saben ser audaces.

11.—Que tu aptitud mental sea optimista. Cree en el éxito, atiende al éxito, y sé siempre alegre.

12.—No discutas, ni disputes jamás con nadie.

13.—En tu conducta social y profesional, sed siempre franco y escrupulosamente honesto, que cada uno elogiará tu valor y tus prendas morales. Así serás tú, tu mejor gaceta.

14.—No aceptes como colaboradores o compañeros si no es a gentes de verdadero valor intelectual y moral.

15.—Haz tus negocios con tus semejantes, y después, deja a tus semejantes ocuparse de los suyos propios. No te inmiscuyas en los asuntos ajenos.

16.—No soportes jamás la presencia de un perezoso en tu medio profesional.

17.—Toma como colaboradores o amigos a personas valerosas, esforzadas y hábiles en tu profesión u oficio.

18.—No muestres, no digas, nunca lo que vas hacer. Las gentes deben de ignorar tu labor, tus métodos, tus procedimientos

19. Perfecciónate en todo, pero sobre todo en lo que concierne a tu profesión u oficio. No temas gastar para mejorarte, para hacerte más capaz. Franklin decía «Guarda desde un principio tu dinero en tu cabeza, que de allí, nadie te lo podrá quitar».

20.—Rinde una labor cuidadosa para quienes trabajas.

21.—Compórtate de tal modo, que las gentes tengan necesidad de tus servicios.

22. Escoge las industrias nuevas, busca la que pueda ser una necesidad general, ejerce un oficio que corresponda a una demanda que pueda ser grande, a una necesidad evidente y de larga duración. Busca así las ramas nuevas del comercio y de la industria, que respondan a una demanda de la generalidad y no de un corto número de individuos. No busques el lujo ni cosas cuya demanda es momentánea.

V. PAUCHEET

CÓMO SE DEFIENDE UN PUEBLO VIRIL

El Congreso Obrero reunido en México trabaja por la Independencia de Santo Domingo

En la sesión celebrada el día 10 de enero en curso por el Congreso Pan-Americano Obrero actualmente reunido en la ciudad de México, el señor Eugenio Kunhardt, Presidente de la Delegación de la «Hermandad Obrera de la República Dominicana», presentó una moción pidiendo el apoyo del Congreso para los trabajos patrióticos que el pueblo dominicano viene realizando por alcanzar la restauración de sus derechos y libertades enajenados desde 1916 por fuerzas navales de los Estados Unidos de América.

Tal petición del Delegado Dominicano no fué discutida en esta sesión, pero el 17 de los corrientes, después de reelegido Mr. Samuel Gompers para desempeñar nuevamente la Presidencia de la «American Federation of Labor», discutióse la cuestión dominicana ampliamente, y el Congreso resolvió, con la anuencia de todos los delegados, que Mr. Samuel Gompers, en su calidad de Presidente de la «American Federation of Labor», dirigiera un cable al Presidente de los Estados Unidos solicitando la salida inmediata de las fuerzas norteamericanas que ocupan a Santo Domingo desde 1916.

Cuando el Delegado Kunhart se acercó a Mr. Gompers para preguntarle si había sido enviado al Presidente Wilson el cablegrama relacionado con la cuestión dominicana, Gompers contestó que debía ser modificado, toda vez que el gobierno de los Estados Unidos había resuelto posteriormente que dichas tropas evacuasen el país, mediante un plan presentado al pueblo dominicano.

El Delegado don Rafael Estrella Ureña declaró en un extenso informe leído en plena sesión, que dicho Plan había sido repudiado por el pueblo dominicano por considerarlo atentatorio a sus derechos y libertades. «La ocupación de Santo Domingo por fuerzas de los Estados Unidos,—dijo el Delegado Estrella,—no se ha hecho por amor a la libertad, sino porque Santo Domingo es buen punto estratégico y ofrece campo propicio a los Estados Unidos para los fines de su política imperialista».

La actitud resuelta de la Delegación Dominicana encontró apoyo decidido en la Delegación de México la cual insistió en que se dirigiera al Presidente Wilson el cablegrama conteniendo la resolución del Congreso tal como había sido votada.

El Presidente Gompers explicó nuevamente a los Delegados su deseo de que el cable fuera modificado en su texto original, debido a que ya el gobierno de los Estados Unidos había declarado su intención de desocupar a Santo Domingo. Pidió que el cable se dirigiera al Presidente Wilson pidiéndole la aceleración de los preparativos de desocupación.

Fué entonces cuando los Delegados de El Salvador junto con los de Colombia y Santo Domingo declararon su intención de abandonar la sesión si no se dirigía al Presidente Wilson el cablegrama en la forma que había sido resuelta por el Congreso.

Las simpatías que el caso dominicano ha despertado desde un principio en el Congreso Pan-Americano demuestra una vez más la estrecha solidaridad existente entre todos los pueblos hispano-americanos en su inquebrantable deseo de que la República Dominicana sea cuanto antes reintegrada en el pleno goce de sus derechos y libertades.

M. M. Morillo

M. Flores Cabrera

Manuel F. Cestero

Enero 18 de 1921.

DECLARACIONES DEL SECRETARIO COLBY

En su concepto Haití y Santo Domingo forman un mundo aparte y nada tienen que ver con Hispano-América

El diario uruguayo *La Mañana*, que se edita en Montevideo, reportó a Mr. Colby, Secretario de Estado norteamericano, y este personaje al referirse a la cuestión dominicana, hizo las siguientes declaraciones:

«No tengo inconveniente—nos contestó Mr. Colby;—al contrario. En Santo Domingo, los Estados Unidos cumplen con una misión desagradable, que ningún otro país quería llenar. Nosotros no desearíamos otra cosa que retirarnos. Pero, así que hemos manifestado tal intención, la gente más honorable y de responsabilidad del país nos ha pedido insistentemente que permanezcamos aún. Nuestra intervención era necesaria. El pueblo no podía ya gobernarse a causa de las «vendettas» establecidas como medio de justicia, de la situación terrible a que había llevado sus finanzas, y la falta de responsabilidad de sus gobiernos, que habían llegado a desconocer los convenios hechos por la vía diplomática. La gente que se mostró contraria a nuestra ocupación no eran sino traficantes de oficio, que veían en peligro su situación personal en cuanto se produjera la intervención. Haití y Santo Domingo forman, puede decirse, un mundo aparte y no tienen nada que ver con el resto de las Repúblicas sudamericanas. No existían allí el orden, el respeto por el derecho y la justicia, que dan idea de la vida regular de una nación. Si los Estados Unidos han llegado a intervenir y hasta a ocupar militarmente aquellas regiones, han cumplido con ello un penoso deber, y conforme le dije al principio, no desean otra cosa que encontrarse en condiciones de hacer cesar cuanto antes tal situación, y que tanto un país como el otro se encaminen por la vía del derecho y la justicia».

Leído todo esto, queremos creer que el apresuramiento con que deben tomarse las notas reporteriles, ha hecho consignar el pensamiento de Mr. Colby notoriamente desviado.

El decreto disponiendo que Santo Domingo quede fuera del panamericanismo, por decisión exclusiva de Estados Unidos, no puede pertenecer a Mr. Colby, por elementales consideraciones hasta de discreción diplomática.

Por otra parte, los hechos con respecto a aquel lejano país, se conocen en Hispano América de modo diverso a como se consignan, y hasta la simple razón natural nos dice que la ocupación militar extranjera no se hace en país alguno, sin la protesta de las notabilidades y del pueblo, hasta por decoro nacional e instinto patriótico, que sólo faltan en las factorías.

Por fin, en todo Hispano América se sabe que la resistencia a la ocupación se hace, no por los «traficantes de oficio», sino por los primeros valores intelectuales y morales del país. Encabeza el movimiento el apellido Henríquez y Carvajal, que conocemos todos en el mismo plano que los más lustrosos de la democracia yanqui.

No ha podido, pues, Mr. Colby—huésped cortés del país—lanzarse a tales declaraciones, que demostrarían un peligroso imperialismo, aunque esta vez tuviera que ser soportado por una nación lejana.

Mr. Colby es un huésped grato, y atribuímos a un fácil error de transcripción el pecado de estas declaraciones, en cierto modo sensacionales. Hasta ahí los comentarios de *El Bien*

Público. Léase ahora lo que dice el diario *La Noche* que ve la luz asimismo en Montevideo: «NUESTRO GOBIERNO Y LA CAUSA DOMINICANA.—LAS GESTIONES ANTE ESTADOS UNIDOS».—Los diarios argentinos han recogido una información procedente de esta capital, según la cual el Presidente de la República y el Ministro de Relaciones Exteriores, con motivo de la llegada de la misión norteamericana que preside Mr. Colby, y aprovechando la estada de los embajadores intelectuales dominicanos señores Henríquez y Ureña y Henríquez y Carvajal, se proponen insinuar al diplomático estadounidense, el agrado con que el Uruguay vería una solución feliz del conflicto actualmente en pie entre la Unión y Santo Domingo.

»Los diarios serios de Montevideo,—que tienen en sus colegas argentinos el mejor servicio de repórteres, y, a veces, hasta un selecto cuerpo de redactores,—han acogido a la vez la información susodicha.

»Por lo que a nosotros respecta, creemos estar en condiciones de informar que el gesto que se atribuye al Primer Mandatario y a su Ministro de Relaciones, no constituye la iniciación de una gestión diplomática, siendo, en realidad, la continuación de gestiones confidenciales en favor de la independencia dominicana, que nuestra Cancillería comenzó hace dos años ante el gobierno de Washington.

»Aclaradas así las cosas, está demás decir que aplaudimos sin reservas la actitud del Presidente Brum y de su Ministro señor Buero, como está demás decir que estamos de todo corazón con la causa dominicana».

MANUEL F. CESTERO

M. M. MORILLO

M. FLORES CABRERA

Febrero 1º de 1921.

La noche de Primavera

NEFELIS, sentada sobre su manto ligero, detrás de la puerta del jardín parecía aguardar alguna persona.

La noche era tan profunda bajo los árboles que los ojos no veían ni las manos y solamente el perfume de las hojas revelaba su presencia. Todo dormía: los habitantes de otros jardines cercanos, los pájaros escondidos, los rumores invisibles. El silencio de la tierra era tan puro como el silencio de las sombras. Nefelis, inmóvil, se mantenía con los dedos unidos bajo las rodillas y la cabeza erguida.

No quería moverse de aquel sitio. No acostumbrada a los artificios de la seducción, temía remover un solo pliegue de su manto, por miedo de que los perfumes de su cuerpo se perdiesen en el impulso de un gesto. Y sabiendo que había venido demasiado temprano a la cita, aguardaba con paciencia, contenta, ebria de esperanza.

Afuera un dedo tocó la puerta dulcemente.

—Ya.

Sin hacer ruido, Nefelis quitó la pesada barra de la puerta y la hizo girar sobre sus goznes aceitados. Oyó un paso sobre la arena, pero no vió sino la noche negra.

—No me busques, murmuró, yo estoy aquí. Te precedo, ven ligero: tengo miedo de los esclavos y de que se nos espíe. Soy yo. Al salir de las malezas del jardín, verás un poco mi sombra.

Marchaba en la punta de los pies. Sus pequeñas sandalias se posaban apenas en la arena o el mosaico. Una rama que tocara ligeramente la hizo temblar; no fué sino una queja furtiva entre dos vastos silencios, y las flores, al moverse, echaron a volar sus esencias perfumadas.

Entró en su cuarto y corrió hasta el nicho en donde había colocado un velo sobre la lámpara de tierra para amortiguar su claridad sin extinguirla y cuando hubo un poco de luz retornó:

—Oh! Dioses!—exclamó.—Oh! Dioses, dioses, dioses, si no es él!

El hombre avanzó hasta el centro de la pieza. La joven retrocedió hacia la pared que su espalda tocó bruscamente y sus manos echadas hacia atrás vagaban sobre ella.

—¿Quién eres tú?

—No soy *él*, acabas de decirlo. ¿No estás suficientemente advertida? Existe *él*, ¿no es cierto?, y el resto del mundo. Yo, yo soy el mundo: la humanidad, la muchedumbre, eso que nadie quiere.

Nefelis lo miraba, casi desfalleciente. Era un hombre huesoso, hirsuto y barbado, cuya barba resaltaba enormemente en su cara flaca. La cabeza parecía hecha únicamente de pelos. Cuatro grandes dientes faltaban a la mandíbula superior; la barba salida, tapaba el bigote: detalle que era horrible. Su cuello estrecho salía de un manto de lana, excesivamente sucio y caprichosamente plegado. Las piernas parecían más cortas que el torso. No era ni grande ni pequeño, pero la lámpara abandonada sobre el suelo doblaba su cuerpo en inmensa sombra: una mitad cubría el muro de la estancia y la otra el cielo.

Cruzó los brazos violentamente, metiendo las manos bajo las axilas.

—Ah! dijo: el lecho perfumado! ¡Pétalos de rosas, una ánfora de vino fresco! ¡Se esperaba a algún convidado que no era yo! Mientras el hombre va a la guerra, su mujer se entrega al desenfreno... Ah! ah!, las coronas de flores!... Pero siento un olor a mirra, lo bastante para producir náuseas... Y la lámpara que exhala humo negro... Todo esto vive la prostitución de tu casa, ¿me comprendes? Hola!, quítate el traje florido y has tu oficio! Eh aquí un dracma.

Lanzada a través del cuarto, la pieza de plata rechazó en el vientre de Nefelis, quien ahogó un grito en el silencio.

—Miserable!, exclamó con una voz transparente. Tú sabrás lo que cuesta hablarme de esa manera. Sí, tengo marido y tengo un amante; la puerta del jardín se ha vuelto a abrir y mi amante está allá en el comedor: viene, se acerca y si te encuentra aquí, morirás como un gusano.

—¿Tu amante me matará?—dijo el desconocido. ¿Qué me hará con eso? Hace cien años que morí. ¿Me preguntas mi nombre? Soy el rey de Egipto; embalsamado.

Nefelis se pasó lentamente las manos por la cara para sentir, a lo largo de ella, el terrible frío del miedo...

—Estoy perdida: es un loco.

*

El hombre, viéndola palidecer, replicó sonriendo:

—No grites, linda amiga, o te mato; y para ti, que no estás muerta, será cosa distinta que para mí, que soy un cadáver. Mira mi carne de momia.

Y con un movimiento rápido se quitó todos sus vestidos, e irguiéndose completamente desnudo.

—Decías hace un instante que la puerta se había vuelto a abrir. No es posible. La barra que la guarda quedó asegurada. Nadie hay en el jardín: nadie en el corredor. Haz tu oficio, amiga, ya te he dado un dracma. Y

no grites, por Júpiter, o te mataré inmediatamente.

Nefelis hubiera aceptado la muerte en el momento. Su espanto sobrepasaba al que despierta en los moribundos la visión del Leteo... Pero la muerte por este hombre, ¡oh!, ¡era lo peor de todo!

No gritó.

Con un esfuerzo de todo su ser, recordando que es preciso no contrariar a los enajenados, pronunció algunas frases, apenas articuladas por su lengua seca y fría:

—Sí, tú eres el rey del Egipto..., estás cubierto de bandas, como una momia... Pero no es digno para ti, señor, detenerte en esta morada... ¿Quieres que te enseñe la ruta?... Tus reinas, más bellas que mujeres, cantan en las puertas del jardín.

El loco comenzó a saltar:

—Rey! rey!; palabra sin sentido! Rey! ¿Quién ha dicho que yo era rey? ¿Parezco hombre? Soy un Dios. ¿Y cómo habría entrado aquí si no hubiera sido Dios? La puerta está cerrada; ya te lo he dicho; la barra está atravesada. Yo no he entrado por la puerta. Soy la emanación de esta ánfora negra. Soy Baco! Soy Baco! Soy Baco!

Y colocando sobre su cabeza la corona de rosas se puso a danzar con locura.

Insensiblemente Nefelis se deslizó a lo largo de la pared, buscando el lugar por donde pudiera huir. El loco no la veía: giraba sobre sí mismo, aturdido en la embriaguez de la bacanal; pero, como tratara de inclinarse hacia la cerradura, sintió una mano huesosa que la tomaba por los hombros. Retrocedió entonces hasta el fondo del cuarto.

—Eh, dijo el hombre deteniéndose. Es fresca tu piel, amiga. ¿Cómo no te has desvestido todavía? ¡Quítate tus trajes floridos! Ya te he pagado.

Marchó hacia ella y de la ropa ligera y fina sacó un seno.

Nefelis se arrinconó en el muro. Quería hablar, pero ni una palabra salía del temblor de sus labios asustados... El hombre loco tomó entre sus manos el lindo seno y lo oprimió: algunas gotas de leche aparecieron en el sonrosado pezón.

El hombre loco palideció; alterando su voz, la transformó en la de un niño.

—¡Mamá!, gritó. ¡Mamá! ¿Por qué no me has alimentado desde hace cien años? ¿Qué te he hecho para que dés tus senos a otro hombre, a otro hombre que tú aguardas sobre un lecho de rosas y aromado? ¿Es porque no tengo dientes por lo que tú no quieres alimentar mi boca? ¡Mamá! ¿Por qué me has abandonado?

Y paralizando con sus dos manos los brazos de Nefelis, aterrorizada, puso los labios sobre uno de los senos y chupaba como un trastornado.

Un sobresalto de horror extremeció el pecho de la joven.

—¡Monstruo! ¡Esa leche que tú bebes es de mi hijo!

Se desprendió de aquella boca desdentada y tomó al hombre por la garganta: pero, en un instante, fué dominada.

—Eh! eh! eh! Te había prevenido que no se puede matar a un muerto. Al contrario: verás como es fácil hacer morir una mujer que vive... Ah! ah!, no, no grites. No te mataré. Es un juego, es una fiesta. Dame la cinta de tus cabellos.

Arrancando la cinta de la cabellera, que cayó silenciosamente sobre las espaldas de la joven, le sujetó por detrás las muñecas de sus manos y las ató fuertemente a sus flancos.

Los dientes de Nefelis traqueaban. De nuevo hubiera querido gritar; pero una última esperanza la sostenía... La puerta del jardín no estaba bien cerrada... *El* vendría, el amante, a salvarla; *él* la salvaría... Ah! cómo lo aguardaba! ¡En qué inquietud desesperada todas las energías del espíritu iban hacia él!

Mientras tanto el hombre loco había desenlazado el ceñido de su manto y desprendido sobre el hombro derecho el broche de la hebilla de plata. El traje se desprendía de su cuerpo. En vano Nefelis cerraba las rodillas. El hombre loco le arrancó los vestidos y tomándola por en medio del cuerpo la arrojó desde lejos sobre el lecho, en donde cayó con un gesto de dolor.

Un aliento de perfumes se levantó de las sábanas removidas.

—Ah! este olor de mirra! dijo todavía el loco. Tu hogar está infectado, hija del placer! Ah! quita la mirra! Abajo, abajo!... Soy Psamético, hijo del Sol. La mirra es el olor de la noche. Soy el Rey vencedor, el Muy Alto, el Rey! el Rey! La mirra es el olor de los *bouges*... Esconde la mirra, hija de la Noche! Por los cuernos de Hator y por la cola de Paschti! Abajo! abajo! abajo! abajo!...

Se dejó caer, la cabeza volcada.

Nefelis, situada en una extremidad de la cama lo miraba con unos ojos inmensos.

Siguió una gran calma. El hombre loco callaba. Afuera, la misma paz nocturna se extendía sobre el jardín desierto. *¡El* ya no vendría! ¡Dioses! Quizás había venido: tal vez había tocado la puerta y no pudiendo abrirla, había partido... partido... Una angustia infinita oprimía el corazón de Nefelis.

El loco se había levantado.

—Tú eres bella, dijo dulcemente. ¿Desde cuándo eres mi mujer? Tú no eras así cuando yo reinaba. Tus cabellos blondos se han hecho negros. Tus flancos estrechos se han alargado... Y tus piernas... ¡Oh! ¡cómo son de hermosas tus piernas!... ¡Abrelas!...

De más cerca aun le habló, poniendo las manos sobre una mesita de mármol, en donde había un surtidor de perfumes.

—No temas nada; soy viejo. Tú lo ves, amiga, soy un viejo... ¡He muerto desde hace cien años! No te alejes de una momia. No quiero sino besar tu boca, y dormir sobre tu seno, ¡oh madre!

Avanzó las manos enflaquecidas, como para implorar. Pero un estremecimiento nervioso lo conmovió, de pies a cabeza. Saltó sobre la cama, por encima de la joven, y cayó del lado opuesto.

—Aaaah!

¡Por fin Nefelis había gritado! ¡Un grito profundo como una agonía, un desgarramiento de su alma, una queja desesperada hacia los Dioses, hacia el milagro, hacia la vida!

—A mí! a mí!, gruñía el loco. ¡No luches, hija de la Noche! ¡No aprietes así los dientes, mi beso irá a lo más hondo de tu ser! Ah! la mirra, la mirra, la mirra! ¡Sábelo: tú concebirás! Las estrellas saldrán de tu seno como las abejas de la colmena! Ah! ah! ah! ah! ah! ah! ah! ah! ah! ah!. Pues yo lo quiero...

Nefelis se había desprendido de su mano derecha, y con un gesto rápido que el loco no viera, le dió un golpe en la sien con un objeto pesado que estaba sobre la mesita de mármol.

Se puso de pie sobre la cama, la boca abierta, las dos manos colocadas sobre la cara, con una especie de risa más espantosa que un gemido. El hombre loco había caído por el golpe, mas para Nefelis no estaba muerto. Tomó violentamente, de un vaso de finísimo cuello, largos alfileres de su tocado, diez o doce puntas aceradas, todas mortales y veinte veces las hundió en el flaco pecho del loco, en el vientre, en los ojos, en las mejillas; cuando los esclavos, ya despiertos, corrieron a sus gritos desesperantes, la encontraron loca de placer sobre el cadáver, plena de sangre, completamente desnuda y con las manos hacia el cielo, como una Andrómeda inconcebible, que marchara sobre el Monstruo.

PIERRE LOUIS

Traducido especialmente para el REPERTORIO AMERICANO por N. P.

LA NOTA BIBLIOGRAFICA

Un libro hispano sobre Platón

Estos días he vivido fuera de la realidad cotidiana, en una realidad incorpórea y elísea, no por eso menos real que la otra, cuyo testimonio reside en la experiencia de los sentidos carnales. He vivido por unos días en la Grecia de otrora. He descendido como el prudente Ulises, a los Infiernos. Porque para los griegos clásicos, hombres cabales, tanto valía Infierno como Paraíso. Paraíso o Infierno; mansión donde residen las sombras de los que han sido y no son ya, en su envoltura física. Sófocles, en la Antígona, exclama a través los labios multitudinosos del coro: «¡Lleno está el universo de cosas admirables! Pero nada tan maravilloso como el hombre». El hombre vivo y cabal. Y Aquiles, rey de las sombras, viendo a su conmilitón Ulises, que desciende vivo a la negra morada, murmura con dolor: «Preferiría arar la tierra, gañán de un labrador sin hacienda, a reinar sobre las almas de los muertos».

Mas cuando el hombre moderno desciende por ventura a los Infiernos remotos, calmos y azulinos de la Hélade, recibe la sorpresa y la emoción de hallarse en un mundo más verdadero y animado que el mundo actual, y advierte que las resbaladizas e ingrávidas sombras, semejantes a mariposas, del campo de asfodelos son más reales que otros cuerpos sólidos y semovientes, substentados sobre dos piernas, con los cuales acaso nos cruzamos en las calles de Madrid. ¿Qué duda cabe que Aristófanes y Pericles, por ejemplo, están mucho más vivos que el señor Muñoz Seca y el señor Cambó, aunque éstos sean mucho más vivos que aquéllos?

La ocasión de este retorno temporal a la eterna Grecia me lo ha deparado un libro que acaba de publicarse: un estudio sobre Platón, por D. Emeterio Mazorriaga, volumen 242 de la Biblioteca Clásica, que editan los Sucesores de Hernando. De la mano del señor Mazorriaga me he encaminado a la Atenas del siglo de oro y, a poco, no he podido sustraerme a la ilusión de estar avecindado, ya de asiento, en aquella urbe, la más urbana que haya existido jamás. Por lo pronto, el nombre de pila del autor ya previene favorablemente e inspira una como confianza de estar conducido por un guía que sabe por dónde se anda, pues Emeterio es nombre griego. Toda persona que se distingue en algo lleva el nombre que mejor le conviene, y le define, las más de las veces, desde el punto de su nacimiento. Cuando a un hombre distinguido le ha tocado por equivocación un nombre gris, borroso y casi anónimo, es fuerza que se busque un seudónimo o nombre fingido, que luego resulta el más apropiado y sincero. Platón es un seudónimo; alude, no se sabe de cierto si a la amplitud de los hombros o al ancho ámbito de la inteligencia.

El señor D. Emeterio Mazorriaga (y buen trabajo me cuesta escribir el Mazorriaga a rastras del Emeterio) ha pasado años y años en comercio íntimo con los autores griegos, señaladamente con Platón, de donde se ha engendrado deliciosa y envidiable familiaridad. En el libro del señor Mazorriaga abundan expresiones como éstas: «Su altísimo mérito», «su grandísima valía», hablando de Platón, y, «Arquitas de Tarento, distinguido mecánico», «el ilustre Simónides», «Sócrates, con su ironía y profundidad habituales». Parece como si se tratase de gente conocida, en cuyo círculo social se mueve uno habitualmente. Y así es, por lo que atañe a D. Emeterio Mazorriaga. Esta familiaridad, que jamás traspasa las lindes del decoro académico, es no sólo encantadora y desde luego granjea la simpatía del lector hacia el autor, sino que es necesaria, por contagiosa, y ayuda a que el forastero a la cultura helénica, el bárbaro, como sin ánimo ofensivo decían los griegos, lejos de sentirse sobrecogido por la grandeza y misterio de aquellos personajes, los considere como hombres de carne y hueso y se acerque a ellos con aplomo, serenidad y libre el pecho de congoja o terror. Es condición primordial del historiador (y entiendo por historiador todo el que se sitúa en lo pretérito) la familiaridad con las figuras históricas que haya elegido. La historia no tiene otro fin que mostrarnos aquel selecto caudal del pasado que es en algún modo presente todavía. De lo contrario, no escribirían ni leerían historia nada más que los maniáticos. La aptitud para contemplar lo pasado en presente es una manera de familiaridad. Mommsen, el gran historiador de Roma, así concibió la historia y así la practicó. El lector llega a figurarse que Mommsen es un romano de entonces, o bien que los romanos de entonces son alemanes de ahora, conciudadanos de Mommsen y en relación, ora de amiganza, ora de inquina, con él. De Pompeyo habla como si hubiesen comido juntos *satura* o ensalada infinitas veces; de Sila, como si les separase un grave resentimiento personal.

Pues si hay alguna vena del pasado, que haya llegado hasta el presente, sin dejar de latir, y que seguirá latiendo en lo venidero, sin cesar, es la Grecia del siglo v, antes de la Era Cristiana, porque en aquel pueblo fué donde el hombre individual reunió cúmulo mayor de elementos universales. Sir Henry Maine, el historiador del Derecho, escribe: «Excepto las fuerzas ciegas de la Naturaleza, nada se mueve en el mundo que no sea de origen griego».

La virtualidad de presente continuo, esto es, de eternidad, con que Grecia fué agraciada por los dioses inmortales, se manifiesta con testimonios ineludibles, así en la esfera del Arte como

de la Filosofía, y aun de la Ciencia. A Platón y Aristóteles no hay medio de juzgarles como hombres de otros tiempos. Cuándo el uno, cuándo el otro, forman parte de nosotros mismos. Los hombres, según la textura de su espíritu, se dividen necesariamente en platónicos y aristotélicos; dicho sea *grosso modo*, en místicos y dogmáticos, en soñadores y raciocinantes, en imaginativos y realistas; unos miden la realidad por comparación con el debiera ser así; otros la explicación por el tiene que ser así. Cuando conocemos a Platón y Aristóteles, no nos es dado permanecer en actitud indiferente e intelectual, enunciando meramente conformidad o discrepancia con sus ideas. Por virtud de una afinidad o incompatibilidad irresistibles, nos mueven al amor o a la hostilidad. Un personaje novelesco de *Clarín* apuntaba en su diario: «¡Qué antipático Aristóteles! Si viviese, le desafiaba». Y en la Edad Media, sin embargo, el gentil Aristóteles gozó predicamento de padre de la Iglesia.

Comte, que fué denominado «el último padre de la Iglesia», denomina a Aristóteles, en su *Catecismo positivista*, «Príncipe constante de todos los verdaderos pensadores». Comte era dogmático y fundador de una ortodoxia. En cambio, los heterodoxos, los amadores de la libertad, las almas altaneras y los corazones con alas, que miran y sienten la vida bajo una óptica elevada y perpendicular, han apellidado a Platón *el divino;* divino, de tan humano.

El señor Mazorriaga también ha comenzado a publicar una traducción directa de los diálogos platónicos: contribución que nunca será bastantemente encomiada a la cultura patria.

Leed estos libros. Descubriréis presto que muchas teorías novísimas no son tales novedades. Y por último—esto es más esencial,—os descubriréis a vosotros mismos, por cotejo con el arquetipo perenne de la plenitud humana.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

(*La Esfera*. Madrid.)

La conciencia, factor de evolución

Mens agitat molem.

Ante todo, pongámonos de acuerdo sobre el valor de los términos.—¿Qué debe entenderse por conciencia? En un trabajo anterior [1] el autor de estas líneas propuso designar por conciencia «la facultad de percibir, medir y comparar las sensaciones».

Esta definición exige, para que se pueda hablar de conciencia, no sólo que un organismo responda por una reacción adecuada a la acción externa que romperá el equilibrio establecido entre él y el medio ambiente, sino que el organismo en cuestión mida y, sobre todo, *compare*, las sensaciones recibidas.

Para que un fenómeno de conciencia se produzca es, pues, necesaria la acción de *dos* sensaciones por lo menos. Si el organismo no se encuentra solicitado sino por una acción (que se traduzca en sensación) la conciencia no tendrá lugar de manifestarse. Debe notarse que no importa que en el momento considerado por el observador no haya sino una acción en obra para que pueda hablarse de dos acciones. En efecto, la intervención de la memoria permite a la conciencia la comparación entre la sensación presente y sensaciones anteriores, análogas u opuestas, pero del mismo orden. Se puede, pues, afirmar que donde no hay lugar de comparación entre dos sensaciones, no hay tampoco posibilidad de fenómeno de conciencia y llegar a la conclusión que conciencia implica *facultad de escoger y experiencia utilizable.*

Es, pues, en este sentido: percepción, medida y comparación entre dos o más sensaciones y facultad de escogida entre dos o más reacciones posibles, como emplearemos aquí el término *conciencia*. Quizás sería más adecuado, dado el número de factores que integran el fenómeno, emplear otro término: el de *complexo consciente*, pero para no complicar el trabajo seguiremos usando el primero.

No podemos ahora extendernos sobre la cuestión por demás interesante de la evolución del complexo consciente. Bástenos recordar que podrían en él considerarse tres grados: fenómenos sub-conscientes, fenómenos conscientes y fenómenos de automatismo. El fenómeno sub-consciente es el alba, el precursor del fenómeno consciente propiamente dicho, mientras que el fenómeno de automatismo es su crepúsculo, su degradación.

Así, ni el fenómeno sub-consciente ni el automático encierran en sí los elementos necesarios que hemos señalado como integrantes de la conciencia. Y ello a pesar de la finalidad perfectamente adecuada que, en los organismos superiores sobre todo, podemos atribuir a los actos automáticos. Esto podemos observarlo particularmente en el caso de ciertos reflejos medulares. Todo el mundo conoce la experiencia que consiste en depositar una gota de ácido acético sobre el muslo de una rana decapitada, lo que provoca inmediatamente un reflejo en virtud del cual la otra pata viene a limpiar el sitio en que se ha depositado el ácido. A pesar de la finalidad evidente del acto, no puede hablarse de conciencia. En efecto, la experiencia puede repetirse varias veces y el resultado será siempre igual, la reacción no variará, la experiencia no ha sido utilizada. Pero si en lugar de emplear una rana decapitada, privada de sus centros superiores, empleamos un animal completo, observaremos que a la segunda o tercera vez no tratará de limpiarse sino que tratará de alejarse. La experiencia ha sido utilizada y ello nos indica que ha habido fenómeno de conciencia.

Otro caso: un músculo excitado por una corriente eléctrica responderá por una contracción; si repetimos las excitaciones a cortos intervalos, constataremos que la respuesta irá modificándose poco a poco. Aquí encontramos aparentemente algunos de los elementos que hemos señalado como necesarios para la producción del fenómeno de conciencia: hay como una memoria que hace que el músculo conserve trazas de las excitaciones precedentes; hay también variación en la respuesta (variación condicionada por las excitaciones anteriores y que podría hacernos creer en una experiencia utilizada). Y sin embargo, tampoco aquí podemos hablar de conciencia; el músculo no *escoge* la modalidad de su respuesta sino que dá *la*

(1) T. v. B. *La lutte de races et la nacionalisation des sciences* en la Revue de Hongrie, 15 marzo, 1918, Budapest.

única posible y que será siempre la misma en igualdad de circunstancias. Es por ello, precisamente, por lo que se puede hablar en fisiología de *leyes* de la contracción muscular.

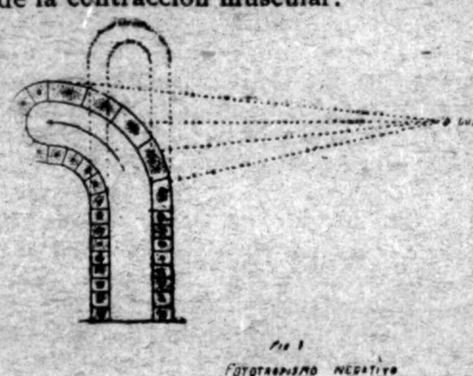


Fig 1
Fototropismo negativo

En general, podemos decir que en todos aquellos casos en que sea dado señalar por anticipado la forma e intensidad de respuesta dada por un organismo a una excitación, no hay lugar de suponer la existencia de un fenómeno de conciencia.

•

El monismo materialista, ese gran fosilificador de cerebros, que no ha llegado a deshacerse del dogmatismo grosero que le inculcaron sus padres: Moleschott, Büchner y C. Vogt, ni a adquirir la sutileza de raciocinio de las escuelas adversas, no ha encontrado delante del magno problema de la conciencia sino dos respuestas. Sin que, dicho sea de paso, esas respuestas estén de acuerdo entre ellas. Para los unos, para J. Loeb [1] particularmente, la conciencia no es sino un simple fenómeno físico-químico, es decir, no existe como tal. Según los otros [2] la conciencia es una propiedad general de la materia y existe lo mismo en el astro que gravita en los espacios siderales, que en el hombre o que en los átomos del pedazo de hierro que el obrero forja en su yunque.

Por lo que hace a la hipótesis de Loeb, todos aquellos que han seguido los trabajos del distinguido biólogo del Rockefeller Institut, saben cuáles son sus ideas acerca de los fenómenos vitales.

Basándose en la hipótesis fundamental de la física, es decir, en la conservación de la energía y unidad de la materia, y según la cual todos los fenómenos físicos no son sino transformaciones de una misma energía, Loeb trata de asimilar los fenómenos vitales a esas transformaciones. No es ahora la oportunidad de analizar la concepción que Loeb tiene de la vida, por que queremos limitar este estudio al problema de la conciencia, y son sólo sus hipótesis a este respecto las que nos ocuparán.

Loeb supone, o más bien, afirma, que todo acto vital, consciente o no, es tan sólo el resultado de una transformación de energía física. Es decir, asimila estos fenómenos y la conciencia misma a las manifestaciones generales de la energía conocidas en física: calor, electricidad, luz, etc. Para probarlo estudia los fenómenos elementales del movimiento en los organismos inferiores. Estos movimientos, condicionados por las influencias físicas exteriores, se denominan *tactismos* y se llamarán *termotactismos*, *galvano-tactismos*, *fototactismos*, etc., según que el agente que los provoque sea el calor, la electricidad, la luz, etc. Llámanse *tactismos positivos* los que hacen que el organismo estudiado dirija sus movimientos hacia el agente que los provoca y *tactismos negativos* los que al contrario le hacen dirigirse en sentido opuesto.

Véase ahora como Loeb trata de demostrar que la conciencia no existe o que si existe no es sino como resultado de una acción física, mecánica. Sea, por ejemplo, el caso de una planta a fototactismo negativo, es decir, cuyo tallo, herido por la luz, dirigirá su crecimiento en sentido contrario. Loeb explica el fenómeno diciendo que la asimilación aumenta sensiblemente en las células que se encuentran en el lado que recibe la luz. De ello resulta que estas células aumentan de volumen y se reproducen más rápidamente que las del lado opuesto. Es, pues, lógico, que el tallo se incline en sentido contrario a la fuente de energía como lo muestra la fig. 1. Aquí ocurre lo mismo que pasa al calentar una barra formada por la soldadura de dos metales cuyo coeficiente de dilatación es diferente: ella se encorvará del lado en que se encuentre el metal menos dilatable.

En el caso de una planta que posea un fototactismo positivo, Loeb no hace sino invertir los términos. La luz, en

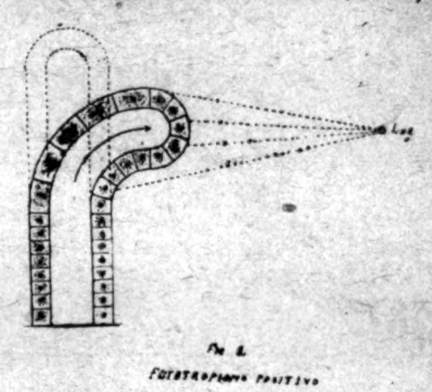
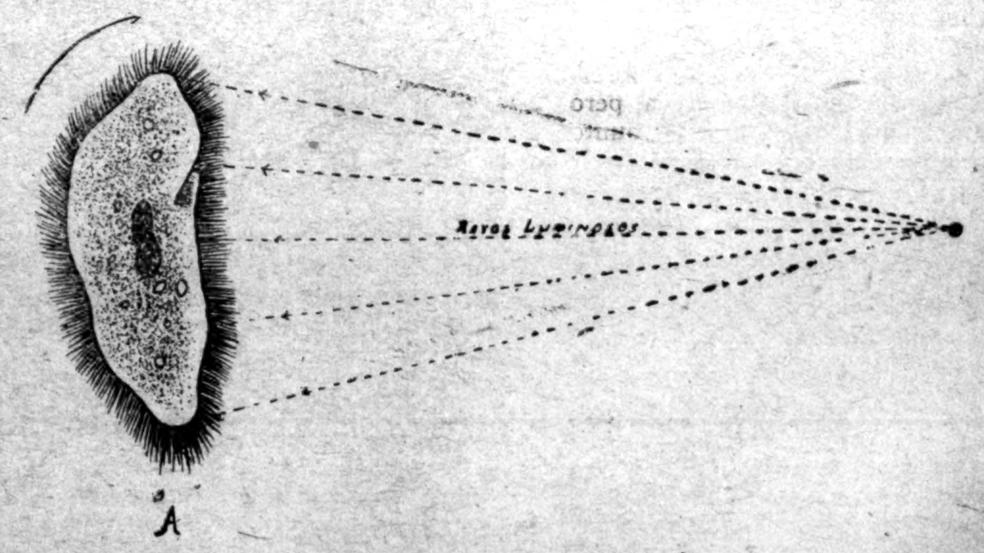


Fig 2
Fototropismo positivo

lugar de acelerar la asimilación en las células que la reciben provoca, al contrario, una disminución de actividad de lo cual resulta que la asimilación continuando en su normalidad en las células del lado opuesto, crecerán más rápidamente y el fenómeno contrario se producirá: el tallo se inclina hacia la luz (fig. 2).

Cuando se trata de los movimientos de un animal, Loeb no vacila tampoco en buscarles un origen exclusivamente físico-químico. Sea, por ejemplo, un *Paramecium*, infusorio que se mueve gracias a la vibración de los innumerables cilos que cubren su cuerpo. Este infusorio posee un fototactismo positivo que Loeb explicará suponiendo que la luz tiene por efecto paralizar en cierta medida los movimientos de los cilos correspondientes al lado que hiere. Los cilos del lado opuesto continúan mientras tanto vibrando con la misma velocidad que anteriormente y de ello resulta que el cuerpo del infusorio efectúa una rotación (fig. 3, A) que le colocará en el eje de luz cuya acción se repartirá ahora simétricamente sobre el animal; con ello se producirá la fijeza de direc-

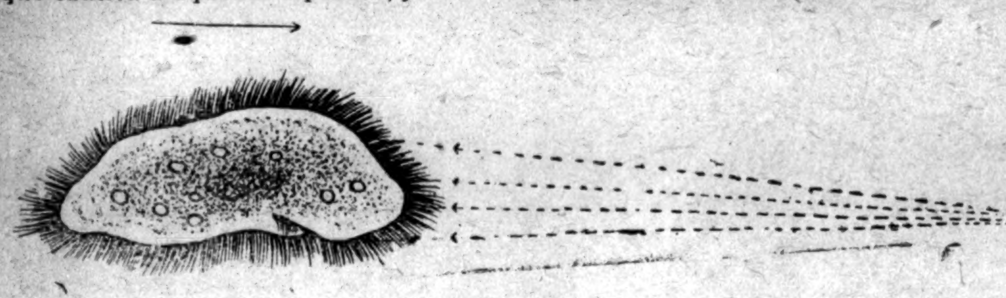


(1) Loeb. *La dynamique des phenomènes de la vie.*—París, 1912.

(2) Dastre. *La vie et la mort.* París, 1913.

ción, mientras que el avance hacia la luz se producirá por la desigualdad de movimientos entre los cilos frontales y posteriores, siendo la de estos superior a la de los primeros (fig. 3, B). Inversamente, el fototactismo negativo de algunos otros infusorios ciliados se explicaría por los actos contrarios.

Sin duda alguna que estas explicaciones tienen en su favor la simplicidad que cautiva a aquellos espíritus, y son



B

los más, que obedecen a la ley del menor esfuerzo, general en economía animal. Pero ellas no pueden satisfacer a aquellos que hacen del pensar y del investigar su verdadera profesión.

Debemos preguntarnos si las explicaciones de Loeb obedecen a la realidad y si esto una vez probado, autoriza a negar la existencia de la conciencia. En lo que concierne a ciertos tactismos vegetales la explicación mecánica de Loeb debe ser admitida como exacta pues no existen experiencias u observaciones que permitan refutarla; pero no se debe olvidar que bajo el punto de vista del problema de la conciencia ella no significa nada. *Su alcance está limitado al caso particular que estudia.* En cuanto a los movimientos de los infusorios estudiados por Loeb es evidente, para cualquier persona que haya tenido ocasión de observarlos al microscopio, que su explicación no corresponde a la realidad.

Jennings, el gran psico-biólogo americano, el contemporáneo que sin duda alguna conoce mejor el psiquismo y la vida de los organismos inferiores, llega en el libro [1] que dedica a este asunto, a conclusiones radicalmente opuestas a las de Loeb. Y en realidad, basta observar durante poco tiempo el *behaviour* (comportamiento) de esos seres inferiores para convencerse de que si bien sus movimientos terminan por conducirlos a un punto determinado, ellos no siguen la trayectoria que seguirían si la hipótesis de Loeb fuera verdad. Se les ve ir, venir, acercarse, alejarse, agitarse, en fin, como seres conscientes. No dan al observador la impresión de obrar como objetos mecánicos, sino de hacer uso de lo que los psicólos alemanes llaman *tast-methoden* (método de los ensayos). [1] Es decir que parecen saber emplear la experiencia, escoger entre dos o más posibilidades y obrar en el sentido de su mayor interés momentáneo. Debemos pues, reconocer con Jennings, que la hipótesis de Loeb es absolutamente gratuita.

Además, el autor mismo de este trabajo, inició en el Instituto de Zoología de la Universidad de Ginebra una serie de experiencias que desgraciadamente no pudo llevar completamente a cabo, pero que así y todo permiten afirmar y probar *experimentalmente* que los principales elementos de la conciencia se encuentran ya en los protozoarios. Haciendo uso de unas soluciones absolutamente monocromáticas que habíamos logrado preparar para otras experiencias en el laboratorio de fisiología vegetal de la misma Universidad, nos propusimos estudiar los efectos de los colores puros sobre los protozoarios y particularmente investigar si era posible modificar los tactismos naturales de esos microorganismos. Sirviéndonos de dispositivos que no es del caso describir y utilizando como sujeto de experiencia un infusorio, *Stylonichia mytilus*, pudimos observar que poseía un fototactismo positivo por los colores azul y violeta y negativo por el rojo. Comenzamos entonces a hacer permanecer los *Stylonichias* alternativamente en un medio iluminado de azul, pero absolutamente desprovisto de los microorganismos que le sirven de alimento y en otro medio iluminado de rojo pero ricamente provisto de microbios. Estas alternativas se continuaron durante varios días sin niguna interrupción y a través de varias generaciones, haciendo observaciones cotidianas para saber si el fototactismo natural del Stylonichia se encontraba modificado y al cabo de algún tiempo constatamos que sí lo había sido. Colocábamos los Stylonichias que habían sido sometidos a las alternativas citadas en un campo de cuyo uno tercios, el del medio, se encontraba iluminado por la luz natural, otro tercio era iluminado por el rojo y el otro por el azul; los microbios que servían de alimento al Stylonichia se encontraban homogeneámente repartidos en todo el medio; el resultado fué el que pensabamos: los Stylonichias, colocados en el tercio medio, después de dar algunas vueltas y penetrar a veces en el tercio iluminado de azul, iban acumulándose poco a poco en el tercio alumbrado de rojo. Los Stylonichias no sometidos al régimen de alternativas se comportan de una manera radicalmente opuesta y el experimento sirve para demostrar que en estos microorganismos hay la posibilidad, o mejor dicho, los elementos necesarios para obtener un fenómeno de conciencia.

No creemos exagerado decir tam-

(1) Jennings, *Behaviour of lower organisms*, New York, 1915 y varios artículos en el *Am. Jour. of Psych.*

(1) *El lector habrá notado que en pocas líneas hemos hecho uso de dos vocablos extranjeros. Lo hacemos así intencionalmente, con el ánimo de familiarizarle con vocablos de uso corriente en gran número de trabajos modernos. En efecto, el lenguaje usado en psicología contemporánea es poco académico y rico en barbarismos debido al cuidado muy especial que los psicólogos ponen en no hacer perder a los términos su valor. Los psicólogos americanos, franceses, alemanes, han creado vocablos como los que acabamos de emplear que al ser traducidos a un idioma extranjero pierden siempre algo de su sentido. Los autores prefieren pues adaptarlos e introducirlos en su propio idioma más bien que desfigurar en lo más mínimo la fuerza de su significado al traducirlos.*

Repertorio Americano

Revista de la prensa castellana y extranjera.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado quincenalmente por

J. GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	¢ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración	2-00
Para el extranjero, el número suelto	$ 0-15 oro am.
La serie anual (24 entregas)...	3-50 » »
La página de avisos, por inserción........................	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

bién que esta experiencia demuestra plenamente lo infundado de la hipótesis mecánica de Loeb. En efecto, si ésta fuera cierta, un tactismo natural no podría ser modificado. Cualesquiera que fueran las alternativas a que se hubiesen sometido los infusorios, la luz roja y la azul obrarían siempre lo mismo y la conducta del infusorio sería siempre idéntica. En la hipótesis de Loeb la única causa de los tropismos es un factor *externo* y lógicamente mientras éste no varíe aquéllos no pueden modificarse. Nuestra experiencia prueba, al contrario, que hay un factor *interno* (experiencia utilizable) que condiciona el comportamiento del organismo estudiado. La hipótesis simplista de Loeb debe pues ser desechada sin reparos, y es necesario admitir que los fenómenos de conciencia existen ya en los protozoarios, y sobre todo que existen como fenómenos vitales y no físico-químicos.

T. v. Bülow

(Concluirá en el próximo número).

Del señor von Bülow se publicó en los números 21 y 22 del volumen I del Repertorio, otro artículo: *Las bases de la Pedagogía moderna*. Rogamos a los lectores lo revisen y hagan las siguientes enmiendas:

En la línea 25 de la página 299, columna 3ª, dice: *echarnos* y debe leerse *echar*.

En la línea 20 de la página 330, columna 1ª, dice: *condición* y debe leerse *audición*.

En la línea 5ª de la página 345, columna 2ª, dice: *ofrecimiento* y debe leerse *perfeccionamiento*.

En las líneas 12 y 13 de la página 345, columna 1ª, dice: *celadores* y debe leerse *colaboradores*.

En la línea 27 de la página 345, columna 1ª, dice: *criminal* y debe leerse *animal*.

En la línea 1 de la página 345, columna 3ª, dice: *acondicionado* y debe leerse *acondicionada*.

Envío a D'Annunzio

Desde mi abismo de prosa, a través de mares y tierras, y por los altos aires que guardan el humo de tu aliento, ¡salud, comandante!

Comandante: no dejarás—estoy seguro—a ninguno de los poetas, tus compatriotas, que te sobrevivan, la triste y honrosa tarea de elaborar un epitafio. En vida y en muerte, escultor de ti mismo, lo escribirás tú tu epitafio. Ya, acaso, entre proclama y proclama, más de una vez, este y el otro verso de la futura estrofa habrán hecho sonar, en tu mente, un claro y bien escondido compás de hemistiquios.

Te surtes de materia primera a ti mismo y atiendes a elaborar los hilos antes de tejerte el manto: lo sé, comandante. En ti, la selección de palabras precede a la excogitación de rimas, y éstas determinan casi la disciplina total de tu verso. No necesitas proveedores de ocasión: lo sé también. Vivir, para ti, es inventar los sustantivos, los verbos, los adjetivos de tus cantos, y para el caso actual, de tu epitafio.

Sin embargo, a riesgo de arrostrar tu repulsa y a la intención de tu epitafio en ciernes, yo, una vez única, quiero tomar de lo más puro de mi admiración y ofrecértelo para que lo incrustes en él un solo adjetivo, *anacrónico*.

No importa el verso, ni casi el sentido del verso: zurce en él mi *anacrónico*, y este adjetivo, como clavo de oro, fijará, sobre la piedra de tu sepultura, tu indomable personalidad: entusiasmo, protesta, arbitrariedad, acción, perenne inquietud...

Si de mí se tratara, no aspiraría a otro epitafio. *Anacrónico* de estos tiempos vale por *inmortal* de la mejor Edad.

E. Marquina

(El Sol, Madrid).

LA QUINCENA EDITORIAL

Los últimos correos nos han traído, y mucho las agradecemos, estas publicaciones:

De los autores:

Alberto Masferrer: *Leer y escribir*. San Salvador, 1920.
Carlos Durán h: *Cuentos germánicos* (Traducciones). San José, 1920.
José Ingenieros: *La Universidad del porvenir*. Buenos Aires, 1920.
El sacerdocio católico y la Ciencia. Apuntes de un Saleciano. San José de C. R. 1920.
Rigoberto Alvarez Berrocal: *Las Fuentes Iluminadas*. San José de Costa Rica, 1920.
Julio Vicuña Cifuentes: *La cosecha de otoño*. MCMXX. Santiago de Chile.
Antonio Iraizos: *Sensaciones del momento*. (Artículos de actualidad). Habana, 1919.
Alfonso Castro: *Degeneración colombiana*. Medellín, 1920.
Juana de Ibarbourou: *Poesías Escogidas*. Selección Literaria. Pequeñas Antologías. Montevideo.
Juana de Ibarbourou: *El cántaro fresco*. Montevideo. 1920
Rafael Lozano Jr.: *El Libro de los cabellos de oro, de los ojos celestes y de las manos blancas*. El Paso, Tex., E. U. de A. MCMXX.
Muzio Sáenz Peña: *Samsara*. (Poemas cortos). Buenos Aires, MCMXIX.
Muzio Sáenz Peña: *El Epicureismo de Omar Kayyam*. Nuevas Rubaiyat en verso castellano. Buenos Aires, 1919.
Manuel F. Jiménez: *El cambio*. San José de C. R. 1921.
Ernesto Mario Barreda: *Desnudos y Mascaras*. (Prosa de vida y de novelas). Buenos Aires, 1920.
Ernesto Mario Barreda: *Lucha de Alas*. (Comedieta Lírica). Buenos Aires, 1920.
Alejandro Rivas Vásquez: *Orientaciones Americanas*. 1921.
Vital Murillo: *Algo de matemáticas*. 1921, San José de Costa Rica.
Francisco Contreras: *Les Escrivains contemporains de l'Amérique spagnole*. París.
Vicente Sáenz: *Cuentos de amor y de tragedia*. San José de Costa Rica, 1920.

De don R. Meza Fuentes, Santiago de Chile:

Juventud, Fiesta de la Primavera, Día de los Estudiantes, 3ª edición difinitiva, Federación de Estudiantes de Chile.
Miriam Elim: *Los ojos extasiados*. Edición JUVENTUD. Santiago de Chile.
Federación de Estudiantes de Chile. Declaración de principios y organización.

De don Rafael Heliodoro Valle, Wash.:

On the proposed Union of Central America. By Salomón de la Selva.
Cuba authors and Thinkers. By Rafael Heliodoro Valle.

Del doctor Regino E. Boti, Guantámano, Cuba:

Rubén Darío Tributo de Cuba a su memoria. Tomo I; *Hipsipilas*.

De don M. García Rueda, Director de las EDICIONES LITERARIAS, París:

Juan Lorrain: *Hijas de Reyes*. Versión de Pedro Simón Pineda.
Andres Lichtenberger: *El Reyecito*. Versión de R. Blanco Belmonte.

De la Secretaría de la Universidad, Tegucigalpa:

La Fiesta de la Raza en Tegucigalpa. Honduras, 1920.

De la American Association for International Conciliation, New York:

The draft scheme of le permanent Court of International Justice. With a review by James Brown Scott.

Obras famosas que Ud. no ha leído y que las hallará en la Administración del REPERTORIO.

Hugo Foscolo: *Ultimas cartas de Jacobo Ortiz* .... ₡ 1-00
Massimo D' Azeglio: *Mis recuerdos*, 3 volúmenes 4-50
G. W. Leibnitz: *Opúsculos filosóficos*. 0-50
Tácito: *La Germania y Diálogo de los oradores* 0-50
G. Elliot: *Silas Marner*. (Novela)... 1-50
Jane Austen: *Persuación*. (Novela).. 2-00
Prevost: *Manon Lescuat*. (Novela).. 1-00

Libros infantiles que han llegado a la Administración del REPERTORIO

A ₡ 2.00 el tomo empastado:

Cuentos, de Madame D'Aulnoy. Trad. de E. Diez Canedo.
Fábulas, de La Fontaine. Trad. de E. Diez Canedo.
Cuentos, de Perrault.

OTROS BUENOS LIBROS AL MISMO PRECIO Y EMPASTADOS

Páginas Escogidas, de Azorín, de Palacio Valdés, de Quevedo, de Antonio Machado, de L. Alas (Clarín), de E. Heine, de Montaigne, de Pío Baroja, etc. Un tomo para cada autor.
La sonrisa de la Esfinge. Por E. Gómez Carrillo.
Napoleón explicado por sí mismo. Por el Conde de las Cases. Tres tomos.
Los Galeotes, de S. y J. Alvarez Quintero.

Los escritores chilenos en la Administración del REPERTORIO

Samuel A. Lillo: *Chile heroico* ...... ₡ 2-50
Amanda Labarca Hubertson: *La Escuela Secundaria en los Estados Unidos* 6-00
Ml. Magallanes Moure: *La casa junto al mar* 3-00
Antonio Bórquez Solar: *Laudatorias heroicas* 5-00
Víctor Domingo Silva: *Las mejores poesías* 5-00
Víctor Domingo Silva: *Como la ráfaga* (Comedia) 2-00

No pierda esta ocasión. Acaban de llegar estas obras:

PLATERO Y YO, de Juan Ramón Jiménez, edición completa, el ejemplar. ₡ 4-00
GLOSAS, páginas del Glosari de Xenius. (Eugenio D' Ors), el ejemplar 4-00
INTRODUCCIÓN A LA SABIDURÍA, de Luis Vives, el ejemplar 2-50
En la Administración del REPERTORIO.

Imprenta y Librería Alsina.—San José, Costa Rica.